

CORREO CONCERTADO

CORREO CONCERTADO

El Castellano

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo: D. Elias Galán, Comercero, 62

Anuncios económicos.

Se publica martes y sábados.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.— Teléfono 12

Precio de suscripción.

Un año..... 5,00 pesetas
Número suelto..... 0,10

Pago adelantado.

LAS ELECCIONES DEL DOMINGO

No es nuevo; pero ello merece nuestra atención, pues conviene que sepamos a qué atenemos con respecto a lo que es y significa la política de nuestros gobernantes y el respeto que les merece la voluntad de ese mismo pueblo, al que tanto halagan de palabra. De las elecciones verificadas el domingo, podemos sacar enseñanzas muy provechosas, de las que con gran facilidad se deducen los grados de sinceridad que alcanzan nuestros políticos.

Contrayéndonos sólo a la provincia de Toledo, y mirando con entero desapasionamiento el desarrollo de las elecciones de Diputados provinciales, podemos analizar el verdadero estado de la opinión y de las diversas fuerzas políticas que actúan en la gestión de nuestros asuntos. Y mirando a estas elecciones, vemos que el estado de la opinión no puede ser de mayor desanimación, de más patente indiferencia. Ni pasión ni lucha hubo el pasado domingo: una frialdad glacial, una indiferencia extraordinaria, una falta grande de entusiasmo, fueron las características de esas elecciones. El cuerpo electoral se mostró retraído y expectante, atendiendo al momento en que interese más materiales que el ideal político le llamasen a esa ridícula farsa a que se llama pomposamente ejercicio de un derecho de ciudadanía. No llegó ese momento, no se pujaron los votos, y el resultado de ello fué que una cuarta parte, escasa, de los electores emitió sus sufragios.

La razón es sencilla: el pueblo ha conocido ya a los hombres políticos, desconfía de todos ellos y a ninguno da su voto con el entusiasmo con que se lo daría si la falacia, el engaño y la perfidia no hubieran colmado la medida de su paciencia.

Por lo que hace a las fuerzas políticas, bien claro se vió que la candidatura ministerial, a pesar de la habilidad con que el Sr. Boccherini tocó todos los resortes del viejo artefacto electoral, carecía de fuerza y arraigo en el pueblo, pues únicamente el nombre del Sr. Ledesma, no por idea política, sino por simpatía personal, se llevó tras de sí una respetable mayoría.

Los que votaron la candidatura ministerial anteayer, son los que tomaron parte en la manifestación anticlerical de hace unos meses. Los demócratas han demostrado ser los antiguos liberales con otro nombre. ¿Dónde está esa democracia? ¿En la aplicación del art. 29 de la Ley Electoral, mediante el pastelero con los adversarios, suplantando la voluntad popular? Y si no es en eso, ¿dónde está esa democracia? ¿Por dónde aparece una disposición del Gobierno, siquiera un proyecto de ley que tienda a mejorar la situación del país? No ha hecho otra cosa el Gobierno que entretener las necesidades del pueblo con politiquerías menudas, con el problema religioso, con futeas sin cuento; pero práctico, benéfico, ¿qué ha hecho?

No hay que negar que los conservadores llevaron bastante bien la candidatura del Sr. Vélaz, quien obtuvo el segundo lugar.

La candidatura republicana fué votada por los de siempre. No hubo coacción de dinero y los que esperaban hasta última hora la consabida compra de votos, al verse defraudados, votaron al que más halaga sus

instintos. Es natural que así fuera, y así será siempre.

Esta es, a grandes rasgos, la enseñanza de estas elecciones, que exterioriza una vez más el verdadero estado de la opinión y de las diversas fuerzas políticas.

Cancionero de «El Castellano».

Merendero de «El Cojo» y «Papás» en la urna.

Dicen que Romanones
en el Congreso
ha instalado en Cuarema
un merendero,
en que por tres pesetas
dában cubiertos
de potaje, tortilla,
frutas y queso,
las vigintas guardado;
pues yo no creo
que allí carnes se sirvan
y mucho menos
¡horror! que se promiscue
en este tiempo.
Aunque yo no me fio
y me lo huelo,
pejor el cojo esa carne
y va diciendo
que en su gabán la bola
trae de Meco.
Si aquella su organillo,
ya está el Congreso
Convertido en Bombilla
y en los Viveros.
Señores, dirá el Cojo,
queréis votemos
la ley de Asociaciones?
Todos a un tiempo:
venga acá acá, pesilla
del merendero
del Cojo y unas cañas
y trato hecho.
Gracias que en el Senado
hay más respeto
al ayuno y a todo
lo santo y bueno;
ved si no al Presidente
señor Montero,
cuál Papás en la urna,
ni papa el viento;
en su acuarium metido
como en canchero
é una trucha, señores,
dice, que es tiempo
de vigilla, es preciso
que vigilemos.
Aunque también me estamos,
y puede que esto
de la urna de cristális
ó invernadero
sea un preservativo
de malos vientos.
S. Liso y Estrada.

POR DECIR ALGO

Un diputado a Cortes me hacía observaciones hace poco tiempo sobre la ilustración del clero y se extrañaba sobromanera de que el nivel científico de esta respetable clase no se hallara a la altura que, al parecer, requieren las circunstancias de nuestro tiempo.

Sobre esta materia se ha exagerado de lo lindo desde las columnas de los periódicos de la cáscara amarga, no ya porque se quiera real y positivamente extensa y profunda ilustración en los ministros de Dios, porque si así fuese, debían ellos empezar por adquirir la ciencia que les hace falta y de que tanto bisanaron, para poder lanzar con algún viso de autoridad esas acusaciones, sino más bien por

zaherir y molestar a quien quizá les hace sombra sin pensarlo, y por adelantarse a echar el anubiento de la ignorancia sobre el vecino, para que éste quede imposibilitado de hacer lo propio con los que de hecho se lo merecen.

Han llegado a creer sin duda, algunos señores de nuestra época, que con llamarse hijos de su tiempo, discípulos de la civilización contemporánea y adoradores de la libertad, tienen el pasaporte expedito para hacerse pasar por semisabios ó sabios enteros, mientras a los que abandonan de esas libertades malsanas, detestan la luz que va mezclada con esa civilización y señalan los lunares de ese tiempo, se les califica con epítetos denigrantes é inculcos.

Yo puedo asegurar a todo el que se me ponga por delante, que he hecho mis experiencias sobre eso del progreso y no me han dado resultado alguno estimable.

Para que mis lectores no se llamen a engaño, les voy a contar que una mañana que mis ocupaciones me dejaron libre y pude disponer de un rato de esparcimiento, tuve la humorada de conceder todas las libertades modernas a un armario que tengo en mi habitación, por ver si adelantaba algo en el camino de la civilización y se rejuvenecía algún tanto. Notaba yo que, conforme iba leyendo los derechos de que había de usar todo el resto de su vida, notaba, digo, en él cierta complacencia y hasta cierto estreñimiento de alegría, haciéndome esto concebir halagüeñas esperanzas, que más tarde vino a desvanecer la realidad cruel y descarada; pues a pesar de que por segunda y tercera vez me he permitido recordarle las libertades que yo le concedí, no se ha dignado siquiera dar un paso adelante, y ¡oh prodigio! acercando yo mi oído a su cerradura por ver si escuchaba su bronca voz, oí, como a dos y dos son cuatro, el en su interior repleto de libros la siguiente frase: «en uso de mi libertad me quedo en el sitio en que estoy».

Esto ha servido, pacientes lectores, para enseñarme que se puede muy bien ser ferviente adorador de la libertad moderna sin dar un paso en las vías del progreso, aunque otra cosa piensen los calumniadores de la clerocia, acusándola de ignorante por no ser devota de sus ídolos.

Si se nota, sin embargo, alguna deficiencia en el clero y la generalidad no brilla como pudiera brillar, la culpa no está en nosotros, sino más bien en nuestros acusadores; porque estos señores nos han acordado tanto la razón, que el clérigo que se permita el lujo de dedicarse al estudio unas pocas horas al día, corre el peligro de que se le seque el cerebro el día menos pensado, y no creo yo que nuestros enemigos tengan el derecho de exigirnos actos heroicos de esa naturaleza. Cuando el batallador Sr. Obispo de Jacá decía en el Senado que la frase: «tienes más hambre que un maestro de Escuela», se había de variar en esta otra: «tienes más hambre que un Cura», no hacía más que anunciar a la nación la realidad económicamente depreciable y angustiosa del clero en general.

Si no tenemos nada más que lo indispensable para que no se nos acabe la vida, ¿cómo hemos de tener medios de comprarlos libros en que estudiar y Revistas que nos ilustren?

Yo recibo cuatro periódicos, diario el otro, bisemanal el otro, semanal el tercero y el cuarto viene a visitarme todos los meses.

El primero lo tengo para saber qué hace el Gobierno con nosotros y prepararme a sufrir con paciencia las flaquezas de nuestro prójimo, que al fin y al cabo también el Gobierno es vecino nuestro; el segundo, por conservar un lazo de unión con la patria chica; el tercero, porque me lo dan de balde ó a cambio de emborronar unas cuartillas que llenen sus columnas, y el cuarto, por consideración a los que me educaron. Y como la ilustración que se adquiere por los periódicos es de muy poco fuste, aunque sean periódicos de gran circulación, estoy viendo que dentro de poco tiempo voy a ser tan ilustrado como los que redactan los grandes rotativos madrileños.

Yo tendría con mucho gusto una biblioteca, si no soberbia, al menos decente, que me permitiera suborar los frutos de la intelectualidad moderna, y aun los de la de más remotas edades; pero como una vez que me permití el despilfarró de gastar me ocho duros en libros, me costó estar ayunando durante el tremendo espacio de ocho meses con rigor de anacoreta, no he quedado dispuesto a repetir semejantes piruetas intelectuales por la debilidad que se ha apoderado de mi organismo, y... francamente, mejor quiero vivir siendo un zopenco que morir de inanición en la flor de mi vida, además de que lo contrario a mi querer sería caminar por la senda del suicidio, cosa en que no he pensado jamás.

Otra cosa sería si yo viviera en la Corte y, siendo amigo del Sr. Canalejas, me invitara a todos los banquetes con que obsequia y es obsequiado; entonces sería yo muy capaz de dedicarme al estudio por largo, larguísimo tiempo, y hasta me sentiría con valor para redactarle las bases de todos sus proyectos de ley, aunque fueran más complicados que el de Asociaciones. ¿Cómo llamaría retrógrados a los que han hambre!

Yo tendría también alguna que otra Revista para estar al tanto del movimiento intelectual de nuestro tiempo, pero estoy convencido de que me son completamente imposibles esos excesos mientras los Gobiernos sean tan poco generosos con nosotros, y consideraré esos deseos, mientras dure estas estrecheces, como artículos de lujo, de los que hay que huir para no ser víctimas de la parca. Y no escribo más, porque me estoy debilitando demasiado.

Raimundo de Toledo.

Desde Madrid.

Puede que mis lectores se imaginen que aquí, en Madrid, estamos todos locos con las elecciones de los nuevos padres de la provincia y que andamos casi a estacazos los de las distintas fracciones políticas, ¿verdad? Bueno; pues no hay nada de eso. Los únicos que se han apasionado y se han puesto hoscos y hasta han estado a punto de llegar a las manos, han sido los candidatos; pero nosotros no. ¿Para qué vamos a incomodarnos? Sabemos de todas maneras, que los respetables padrastreros han de hacerlo lo peor que posible les sea, pertenezcan al partido a que pertenezcan, y claro es que no vale la pena de que nos descriamos por socar adelante a uno ni a otro. ¡Son todos peores!... Así, pues, no nos hemos emocionado los madrileños al enterarnos del casi triunfo de la conjunción republicano socialista, que se ha amañado el censo como ellos saben hacerlo.

Por mi parte, os aseguro que hasta me alegro de ese triunfo, porque con él, acaso, cuando se vea la manera de proceder de esos señores de la extrema izquierda, tendrá que venir una reacción del pueblo. El Sr. Canalejas debe sentirse muy satisfecho del resultado de estas elecciones y será muy tonto si se ruboriza ante el Rey, cuando, al regreso de éste, le dé cuenta de cómo defendió la idea monárquica.

Aún no han empezado a revestir importancia las sesiones de las Cortes, pues no han comenzado los debates que apasionan los ánimos y exaltan las pasiones. En una de las sesiones pasadas se ha hablado de la venta de un artístico cofre de marfil, propiedad del Cabildo Catedral de Zamora, llegando a hablar el Sr. Canalejas de culpables, de castigos y de otras varias cosas por el estilo. Bien está, y acaso se haga lo que anunció el Sr. Presidente del Consejo; pero yo me atrevo a formular la siguiente pregunta: ¿No sería mucho mejor y más práctico que, en vez de hablar de castigos, se diera el dinero que fuera preciso para impedir la ruina de nuestras Catedrales, que son páginas hermosas de la Historia patria?

Porque ya sé que los clerofobos se enfadarán con este pobre cronista, a quien maldito sí le importa tal enfado; pero pienso que si los Cabildos tuvieran las riquezas que tuvieron y que, siendo suyas, se llevó... la trampa, no sólo no venderían sus joyas artificiales, sino que aumentarían sus admirables colecciones de objetos bellos de valor histórico, perseverando en la labor de cultura que siempre los distinguió.

Tenemos enfermos a los hombres más salientes de la política. La Clera está con el trancazo; Weyler, con el trancazo; Maura, con el trancazo; García Prieto, con el trancazo.... ¿Será un augurio? ¿Estará próximo el día en que demos un trancazo definitivo a los gestores de la cosa pública, y con ello nos libremos para siempre de sus tiranías, democracias, demagogia y demás tonterías gubernamentales? ¿No será verdad tanta belleza!...

No es precisamente el trancazo la enfermedad que aqueja al Sr. Canalejas; pero sí el temor al trancazo que le van a dar en las Cortes sus propios amigos. Parece, en efecto, que va a tropezar con enormes dificultades para pasar, no ya sólo los proyectos radicalísimos que tiene anunciados, sino aun otros tan sencillos como el de modificación de la ley del Banco, al que se opondrá el Sr. Azañarate, y acaso, acaso, algunos ministeriales.

No parece que el Gobierno esté muy satisfecho con las noticias que de Roma llegan, pues parece ser que la última Nota del Sr. García Prieto no ha causado gran impresión al Padre de la Iglesia, el cual está decidido a mantener «con prudencia, pero con energía», los sagrados derechos y privilegios de la Iglesia de Cristo. Ahora, ahora, Sr. Canalejas, es cuando se aproxima el momento crítico, llegado el cual diremos los castellanos: «¿A que no? Y, con efecto, ¿a que no?

Y no hay nada más digno de ser relatado, pues el día de ayer se deslizo tranquilo, intrigado como estábamos todos con el resultado de las elecciones, y el de hoy no ha de tener, por lo que parece, mayor importancia, salvo lo que puede salir del Consejo de Ministros que está celebrándose.